

## MAURA EN LA ENCRUCIJADA: NOTA CRÍTICA

POR

LUIS ÁLVAREZ GUTIÉRREZ  
*CSIC, Madrid*

ROBLES MUÑOZ, Cristóbal, *Maura, un político liberal*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1995, 525 págs. (Biblioteca de Historia, 28); ISBN: 84-00-07485-8.

Más que una semblanza biográfica al uso Cristóbal Robles nos propone en esta obra una visión política y ética o, si se prefiere, ético-política de la célebre figura pública de la restauración alfonsina, Antonio Maura y Montaner (1852-1925).

En consonancia con el enfoque dado a su estudio, no deben buscarse en este libro los datos biográficos tradicionales que jalonan la peripecia vital de un personaje. El autor vuelca todo su esfuerzo de investigación, que es mucho, en ofrecernos una amplia perspectiva del pensamiento y de la acción de Antonio Maura en la política de la España de su tiempo. Para una mejor apreciación de esa doble vertiente del prohombre mallorquín, el autor se esmera por precisar el contexto ideológico en el que surgen sus ideas y se desarrolla su actividad pública. Así lo plantea desde el primer momento y lo desgana a lo largo de toda la exposición. Cabría decir que la descripción de ese entorno constituye una parte fundamental de la obra que aquí se presenta. En ella tan importante es el tratamiento dado al personaje central como al marco en el que éste se mueve.

Con buen criterio, C. Robles considera que la personalidad del protagonista se define, desde el punto de vista ideológico, en contraste con las corrientes dominantes en la España de la época. Dos son las coordenadas principales, que toma en consideración, para configurar ese contexto general. Parte del supuesto de atribuir a Maura la condición de católico liberal. El autor pone de relieve como su protagonista hubo de hacer frente, en su doble compromiso de católico y político de talante liberal, a las corrientes integristas predominantes en el catolicismo español del momento, por un lado; y, por otro lado, a un conjunto de corrientes que tienen como denominador común el rampante anticlericalismo de la época, de creciente fuerza y extensión en la sociedad española.

Frente a los primeros, firmes en mantener en toda su integridad los derechos e inmunidades de la Iglesia en la sociedad civil y frente al Estado, y opuestos a cualquier concesión

La Iglesia en la Encrucijada  
Hispania Sacra 49 (1997)

al liberalismo en línea con los anatemas de Pío IX a esta corriente de pensamiento, abogaba por tender puentes con la sociedad civil y el Estado liberal según la doctrina del nuevo papa León XIII. Consideraba que el régimen liberal, garante de las libertades públicas, era el mejor medio para la renovación de una auténtica religiosidad. Su fórmula era “la Iglesia fuera del Estado; pero imperante y viva en el seno de la sociedad” (pág. 13, nota 16). Entronca con la vieja propuesta de una Iglesia libre en un Estado libre, que habían preconizado los portavoces del primer catolicismo liberal con Lamennais (1782-1854), Lacordaire (1802-1861), el conde de Montalembert (1810-1870), y, más recientemente, lord Acton (1854-1902); que habían asumido los italianos Gioberti (1801-1852), Rosmini (1797-1855), Manzoni (1785-1873) o César Balbo (1789-1853), para poder conciliar sus sentimientos religiosos con la aspiración a la unión de la nación italiana. Ideas que habían inspirado el pensamiento y la acción de los franceses Alfred de Falloux (1811-1886) o Albert de Broglie (1821-1901). Esta tendencia a impulsar un catolicismo abierto a las nuevas fuerzas emergentes en la sociedad, adaptado a los nuevos tiempos, capaz de dar respuesta a los problemas sociales, e inclinado a una conciliación con el Estado liberal, contaba, entonces, entre sus mentores a importantes figuras de la jerarquía eclesiástica, como el francés Guibert (1812-1889), cardenal y arzobispo de Burdeos, y los norteamericanos Gibbons (1834-1921), cardenal y arzobispo de Baltimore, y John Ireland (1838-1918), arzobispo de St. Paul en Minnesota, a los que había precedido el alemán Ketteler (1811-1877), obispo de Maguncia, promotor de una política social católica. Maura, partidario de un cristianismo de tolerancia, vendría a representar en España esa línea de conciliación del catolicismo con el liberalismo (pág. 153), con sus esfuerzos para que los católicos participaran en la vida política sin exclusiones ni privilegios.

Frente a los segundos defiende que la religión, sin dejar de ser básicamente una libre decisión de conciencia (pág. 200), debería continuar ejerciendo un papel preponderante en la sociedad con la misión de difundir e inculcar las convicciones morales imprescindibles para un orden social justo y para una auténtica libertad; el ascendente de la Iglesia Católica en la sociedad contribuiría a llevar a la vida pública y a sus instituciones los valores de la ética y de la libertad responsable. En este sentido señalaba que “están ciegos los que, con tal de suprimir obstáculos en que tropiezan las reformas, propenden a destruir o amenguar el ascendente de la Iglesia Católica sobre la sociedad. Si esta luz se apagase, pérdida o alterada la tradición de tantos siglos, se perdería también la ley moral que implantó el cristianismo, base de la cultura europea. No: quiero a la Iglesia fuera del Estado; pero imperante y viva en el seno de la sociedad, para que su espíritu sea expresado por las formas de la soberanía nacional, el espíritu de las leyes y la norma del Estado. Cúmplase el voto del pueblo conforme a la ley de Dios” (pág. 13, nota 16). Viene a las mentes, guardadas las distancias de tiempo y lugar, lo que el corresponsal de *El País* en Washington, Javier Valenzuela, comentaba con ocasión de la segunda investidura de Bill Clinton como Presidente de los Estados Unidos: “Todo en la avenida de Pennsylvania recordaba que la libertad y Dios, o Dios y la libertad, que aquí tanto monta, monta tanto una cosa como otra, son los dos pilares en los que se asienta ‘América’” (Nº. 7.195, del 21.1.1997, pág. 2, col. 5).

En este contexto de fuertes tensiones ideológicas, Antonio Maura se convierte en signo de contradicción, repudiado por unos y por otros. Era objeto de anatemas por parte de los integristas, que le acusaban de falso católico, de disidente, que debía ser arrojado a las tinieblas exteriores. Así lo hacía, por ejemplo, el máximo portavoz de los mismos, Ramón Nocedal (1842-1907). En un debate parlamentario, el 5 de julio de 1903, lo descalificaba

La Iglesia en la Encrucijada  
Hispania Sacra 49 (1997)

por defender las instituciones políticas inspiradas en el liberalismo; lo inculpaba de querer “todas las libertades liberales... en eso llega no a los linderos, no a las fronteras de la República, sino más allá que todos los republicanos, por eso es más temible... porque no son los exaltados... sino estos católicos liberales o liberales que se llaman católicos los que a mansalva y sobre seguro arraigan y consolidan el liberalismo” (p.16, nota 29). Por su parte, las fuerzas políticas de signo contrario, lo tildaban de reaccionario y lo acusaban de dividir a los españoles por sus creencias. Acusación que rechazaba con toda energía en réplica a Salmerón en el debate parlamentario del 3 de febrero de 1904: “jamás en toda mi vida pública, jamás asomé a mis labios en ninguno de mis discursos semejante criterio ni semejanate tema” (pág. 16, nota 32). Por el contrario, blasonaba de hacer de la concordia la base de la convivencia entre los españoles.

En Maura vendrían a reflejarse, por tanto, según C. Robles, las tremendas contradicciones de la sociedad española de aquel entonces (págs. 389-390). A su juicio, Maura actuó con unos valores y unas categorías, que no eran las de su tiempo; de ahí la incomprensión de que fue objeto (pág. 393).

Reconocido especialista en la historia del catolicismo español de la época, el investigador Robles Muñoz nos ofrece aquí una enjundiosa síntesis acerca de las controversias y divergencias existentes entre los católicos sobre la actitud a tomar ante el Estado liberal y la sociedad crecientemente secularizada. Lo avalan las numerosas publicaciones que este autor ha dedicado a estudiar y desentrañar la intervención de los católicos en las luchas políticas a caballo de los siglos XIX y XX tanto en España como en en otros países europeos, particularmente Francia. Podrían citarse, a modo de ejemplo, los títulos más significativos: “Poderes constituidos y libertad política de los católicos”, en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 1985; “La Unión Católica, su significación y su fracaso”, en *Burgense*, 1987; “La Cum Multa de León XIII y el movimiento católico en España (1882-1884)”, en *Hispania Sacra*, 1987; *Insurrección o legalidad. Los católicos y la Restauración*, 1988; “Frente a la supremacía del Estado. La Santa Sede y los católicos en la crisis de la Restauración (1898-1913)”, en *Anthologica Annua*, 1989; “Maura y los católicos”, en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 1991; “En el corazón de la democracia. León XIII y Francia (1878-1894)”, en *Anthologica Annua*, 1992. A estos puede sumarse una docena más de títulos, que los lectores encontrarán citados en las notas de la presente obra; y, actualmente, tiene en imprenta una voluminosa obra sobre la figura del catolicismo vasco, José María de Urquijo Ibarra (+1936).

Otra línea de aproximación al pensamiento de Maura utilizada en esta obra es seguir el rastro a su actividad pública y exponer sus puntos de vista sobre los problemas que tenía planteados la sociedad española de la época y que debían ser abordados por los dirigentes del país. Es larga la lista de temas y cuestiones sobre las que el político mallorquín será llamado a emitir opiniones y a tomar decisiones en su calidad de diputado, de ministro, de presidente del gobierno o de jefe del partido conservador después de haber militado en las filas liberales. Sin guardar un riguroso orden cronológico, Cristóbal Robles pasa revista a los momentos más relevantes de su actuación como ministro, en diversos ministerios, desde 1892, como jefe de gobiernos conservadores en 1903-1904 y 1907-1910 y, en menor medida, al frente de gobiernos de concentración nacional en 1918, 1919 y 1921-1922. Tampoco se inclina por una exposición sistemática, prefiere la forma recurrente. Entre las cuestiones de mayor calado, que desfilan por estas páginas, cabe mencionar: la cuestión cubana, con la que debuta como ministro en 1892, sin lograr que su proyecto de reformas para las Antillas

La Iglesia en la Encrucijada  
Hispania Sacra 49 (1997)

pasara adelante; la ley electoral; la reforma de la administración local; el caciquismo; el problema de los regionalismos con el catalanismo en primera fila; las reformas hacendísticas y tributarias; la reconstrucción de la marina; la ley de jurisdicciones; la ley de asociaciones; la reforma del concordato; la cuestión social; la semana trágica; el proceso Ferrer; el problema de Marruecos, que llevaba aparejado el de las relaciones con Francia e Inglaterra y el papel de España en la formación de bloques entre las grandes potencias europeas.

No es el caso de entrar en detalles, pero sí señalar cuáles fueron, a juicio del autor, algunos de los criterios más significativos que inspiraron su acción de gobierno y su intervención en la vida política, o de como entendía Maura la política y la tarea de gobierno. Señala, como el rasgo más relevante de Antonio Maura en su calidad de hombre público, la coherencia entre su pensamiento y su acción política (pág. 362). Otro de esos rasgos era su profundo sentido de la legalidad como soporte de la vida pública (pág. 19) y la honradez como actitud personal. Consideraba imprescindible llevar a la vida pública y a sus instituciones los valores de la ética y de la libertad responsable. El principio de autoridad como defensa de la libertad debía ser el norte de todo buen gobernante y un elemento básico del orden social; pensaba que el descrédito de la autoridad y el desprestigio de la legalidad ponían en peligro la libertad (pág. 346). Era contrario al uso político de la religión, lo que diferenciaba a Maura de muchos militantes del conservadurismo (p. 17). Para él la participación de la sociedad, del pueblo, era un requisito imprescindible para la regeneración política del país (pág. 166) y para superar el caciquismo (pág. 163); la revolución desde arriba (pág. 149). No comparte las acusaciones de altanero, orgulloso, arrogante, que formulaban sus rivales políticos.

Lejos de los que utilizan la historia para dar rienda suelta a sus filias y fobias, para impartir etiquetas o para levantar tribunales, Cristóbal Robles se propone ser “más un oyente que pregunta que un juez que juzga o un observador que aprueba o censura”; su objetivo es ofrecer “un estudio que pretende dejar oculto el sentir y el pensar de quien lo escribe” (pág. 18), aunque, luego, a lo largo de su exposición, no deja de traslucir un alto aprecio por los principios que informaron las actitudes y comportamientos de Maura. Con este talante se acerca a su personaje provisto de un amplio bagaje de fuentes primarias, que permiten oír directamente el parecer y sentir del protagonista y las voces que conformaban el coro, amistoso o adverso, que le rodeaba. Sí bien, como él mismo reconoce, “hay más palabra de Maura que de sus opositores”. Quizás por ello predominen las luces sobre las sombras en el quehacer del protagonista, y se eche algo de menos una mayor dilucidación del rechazo frontal, que, en un determinado momento, sufrió la figura de Maura por parte de un sector de la opinión pública, y un análisis más contrastado de los claroscuros en su labor de estadista.

El estudio del investigador Robles Muñoz está basado sobre un ingente material informativo que ha sido recabado de varias fuentes archivísticas, hemerográficas y publicísticas. Especial relieve adquiere la documentación procedente de los archivos vaticanos, de los Diarios de las sesiones parlamentarias y de los fondos conservados en el Archivo de la Fundación Antonio Maura; constituyen, sin duda, la aportación fontal más novedosa. Una simple mirada a la relación de archivos consultados, públicos y privados, españoles y extranjeros, pone de relieve la tenaz labor de investigación llevada a cabo para la realización de esta obra. También hace gala de un gran dominio en el manejo de las fuentes parlamentarias, de los discursos extraparlamentarios y de las conferencias del protagonista, de la

La Iglesia en la Encrucijada  
Hispania Sacra 49 (1997)

prensa y de la publicística de la época. Una escogida selección de la bibliografía manejada queda registrada en las numerosas notas que refuerzan la línea argumental de la obra.

Por todo ello cabe afirmar que la obra que aquí se presenta constituye una valiosa aportación al análisis de la figura de Antonio Maura y del contexto ideológico y político que le sirvió de marco. Junto con la obra de Javier Tusell, *Antonio Maura. Una biografía política* (1994), los estudios de M<sup>ra</sup>. Jesús González o el trabajo monográfico de Marimón Riutort, *La política colonial d'Antoni Maura* (1994), el presente libro hace que vuelva a ponerse de actualidad esta controvertida personalidad de la historia española en los primeros lustros del siglo XX. Desde las publicaciones aparecidas con ocasión del centenario de su nacimiento y la posterior biografía de Pérez Delgado (*Antonio Maura*, 1974), —sin olvidar las anteriores de Luis Antón del Olmet, de Luciano de Taxonera, y de César Silió—, el ilustre mallorquín había sido relegado un tanto por parte de la historiografía española en los últimos tiempos. En estas quinientas páginas largas, aparte su valor intrínseco, los investigadores interesados en aquella época, encontrarán en las abundantes notas, que ilustran el texto, valiosas pistas de fondos archivísticos, de material hemerográfico y de publicística, para animarles a proseguir en la profundización de su conocimiento. Un índice final de nombres facilita en gran manera la búsqueda de personajes relacionados de una u otra manera con los temas abordados en el presente estudio.

La Iglesia en la Encrucijada  
Hispania Sacra 49 (1997)